

Impresiones de un arquitecto en Sevilla '92

LUIS BOROBIO NAVARRO, DR. ARQUITECTO

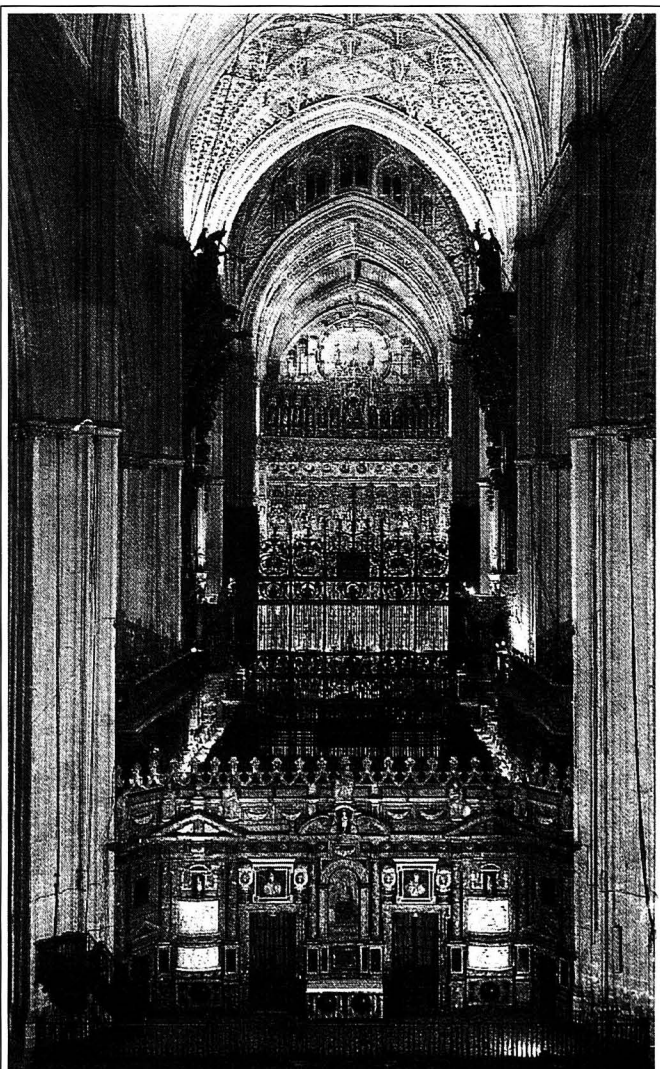


Figura 1
Magna Hispalensis

No viví mucho tiempo en Sevilla; pero sí el suficiente para que Sevilla mellara mi alma con el encanto de su urbanismo cálido y acogedor y de su singular arquitectura. La Expo '92 ha sido un acontecimiento que no me podía perder; pero para mí era sobre todo una maravillosa excusa que me permitía volver a Sevilla y sentirme de nuevo envuelto por el embrujo de la ciudad.

"Si vas a la Expo, no te pierdas la Magna Hispalensis"- me habían dicho en Pamplona antes de viajar. Y, efectivamente, lo primero que visité al llegar fue esta gran exposición sevillana en su catedral (figura 1).

Todo allí me pareció magnífico; pero, curiosamente, lo que más me deslumbró fue el ver -remozadas y limpias, brillantes y bien iluminadas- las joyas que yo ya conocía: la catedral misma con su resplandeciente retablo. Retablo que era el de siempre; pero más bello que nunca: lo descubrieron como nuevo mis ojos asombrados. Lo mismo me ocurrió al ver la sala capitular, lustrosa y joven, con una iluminación perfecta. Entre mis impresiones de arquitecto quiero detenerme precisamente a comentar esa sala capitular preciosa y única. Su bellísima cúpula -obra del arquitecto Hernán Ruiz- es la primera cúpula elíptica que se construye en el mundo. Posteriormente, en la arquitectura barroca (en Italia y Centroeuropa, y en España también) se construyeron otras muchas cúpulas que se dicen elípticas; pero que en realidad son ovaladas trazadas con cuatro arcos de circunferencia desde sus cuatro centros de curvatura. Esos rompimientos de curvatura que presentan los óvalos se disimulan con juegos de columnas o de pilastras componiendo ordenaciones parciales,

que enriquecen el conjunto, pero le restan unidad. La curvatura de la elipse tiene una fluidez que hace vibrar la totalidad de la cúpula en una forma única, elegante y sensible, plena y sin solución de continuidad.

Si el arquitecto Hernán Ruiz no hubiese construido en su vida más que esta sala capitular de la catedral de Sevilla, con su cúpula elíptica, debería ser suficiente para que su nombre figurase con letras grandes en la historia de la Arquitectura. Pero no podemos olvidar -y menos estando hablando de Sevilla- que Hernán Ruiz es también el autor del cuerpo superior de la Giralda. En esta obra de la Giralda, Hernán Ruiz, se enfrentó con un minarete árabe, recio y noble de construcción, pero sin ninguna gracia especial. Debía añadirle un campanario y un remate adecuado, para convertirlo en la torre de la Catedral de Sevilla y lo hizo con una maestría admirable. Sí, porque dejó el cuerpo del minarete intacto en su reciedumbre y su nobleza, y le añadió un volumen nuevo, sin seguir la línea estilística ni constructiva del cuerpo base, pero constituyendo con él una unidad perfecta. De ese conjunto que logra integrar elementos tan dispa-

res, fundiéndolos en un único volumen arquitectónico, podemos decir, sin temor a que nadie pueda contradecirnos con fundamento, que es la torre más bella, segura y bien plantada que se ha hecho nunca.

La "Magna Hispalensis" se extiende también a la Plaza de Armas. En ella, la Estación de Córdoba era, antes, una curiosidad. Ahora despojada de su función ferroviaria, remozada, y limpia de sus adherencias, se ha convertido en un monumento arquitectónico que los turistas ven con admiración.

Son muchos los beneficios urbanos que -fuera de la Expo- Sevilla ha recibido en virtud de la Expo. El más notable es quizá el de la calle de Torneros que era un callejón vergonzante cerrado a un lado por una tapia para aislarse del ferrocarril, y que ahora, liberado del ferrocarril y de la tapia, se ha convertido en una gran avenida a orillas del río, a la que acceden los nuevos puentes, vistosos y elegantes.

Dentro de la Expo, en la isla de la Cartuja, podemos distinguir, por una parte, el monasterio de la Cartuja de Santa María de las Cuevas con sus aledaños, que es el anfitrión del evento; y, por otra parte, el gran volumen de edificaciones de nueva

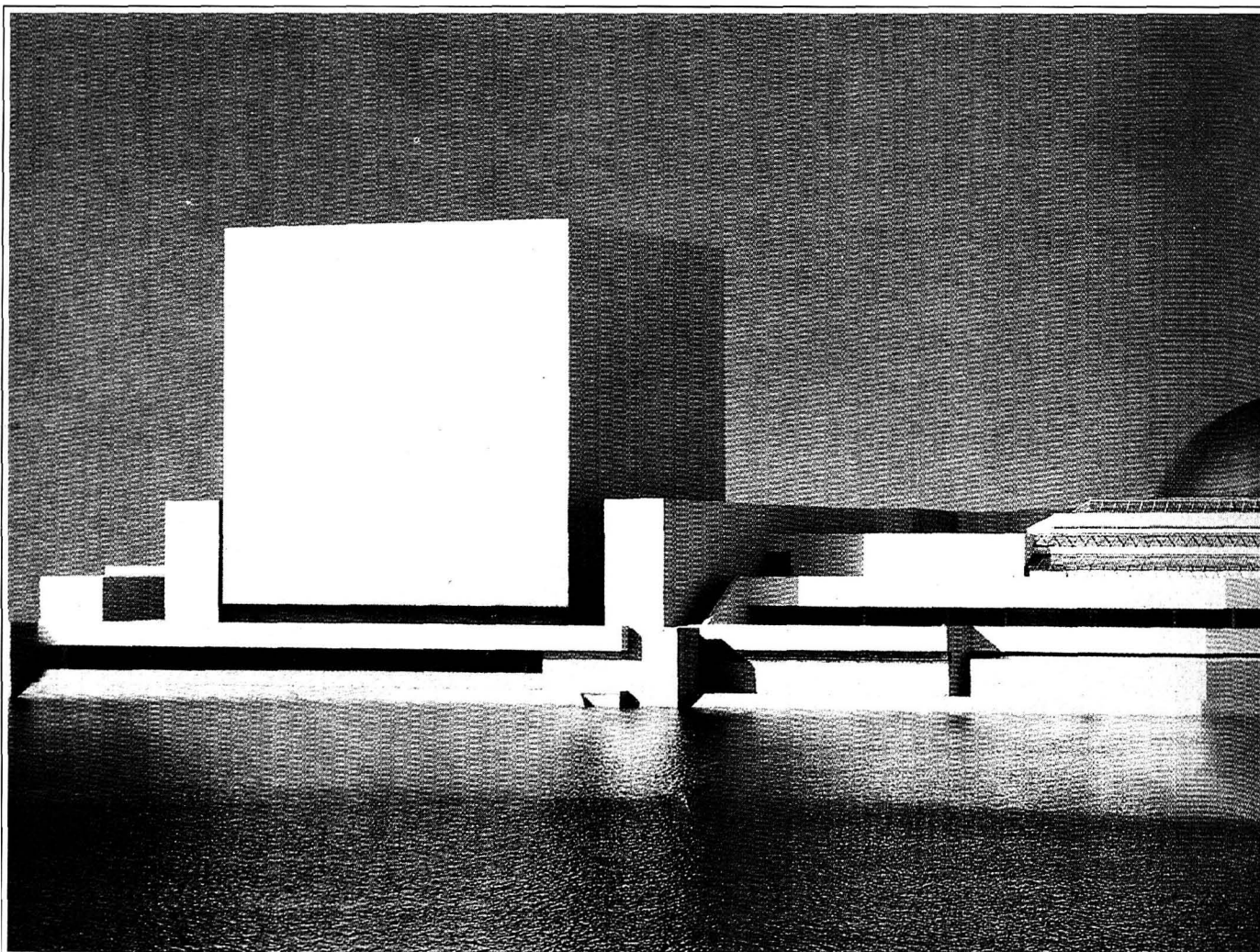


Figura 2
Pabellón de España

planta (efímeras, unas; permanentes, otras) que constituyen el grueso de la Exposición, y ocupan la mayor parte —la más llamativa y voluminosa— del recinto ferial.

El conjunto histórico-arquitectónico de la Cartuja, con sus construcciones góticas y barrocas, religiosas y fabriles, desde el siglo XV al XIX, ha adquirido un nuevo valor artístico, simbólico y representativo, al ser remozado, restaurado y habilitado con un criterio sereno y respetuoso. Las chimeneas de la fábrica fusiformes de fábricas de cerámica dan al conjunto una acusada personalidad.

En él se alberga la exposición "Arte y Cultura entorno a 1492" que —traído de veinte países y de cerca de sesenta museos— reúne un gran número de obras variadísimas y muy valiosas de los siglos XV y XVI. Quiero resaltar el montaje de esta exposición desde el punto de vista arquitectónico. La distribución de luces, vitrinas y paneles valora los objetos expuestos, y centra en ellos la atención del visitante de manera que todo el ámbito arquitectónico, que está al servicio de las obras que guarda, pasa inadvertido, cumpliendo así debidamente su función de realzarlas. Sólo la iglesia y algunos elementos del monasterio, que por su arquitectura y su vinculación colombiana son con todos los honores piezas preciosas de la exposición, se valoran a sí mismas con su iluminación y limpieza ambiental.

Si el monasterio de la Cartuja es el anfitrión de la Expo, el grueso del evento lo constituye el inmenso conjunto de pabellones de 108 países y diferentes organismos que puebla la isla.

En todas las grandes exposiciones internacionales e incluso en importantes ferias de muestras, se da el hecho lógico de que cada participante vaya a hacer oír su voz y, de alguna manera, destacar sobre los demás para llamar la atención y demostrar la importancia de su mensaje.

La arquitectura de estos certámenes puede ser —y de hecho lo es frecuentemente— de magnífica calidad; pero, por su misma naturaleza, suele ser audaz y llamativa. Y, claro, cuando en un conjunto abigarrado de individuos, cada uno da su grito particular, el resultado es una gritería homogénea. Es difícil hacer comprender que, en un medio ruidoso, es mucho más llamativo un toque de silencio que el más sofisticado de los gritos. Y, más difícil todavía, es trasladar este símil acústico, a la realidad de la arquitectura en una importante exposición. La Expo '92 de Sevilla no podía ser una excepción y, en sus líneas generales, no lo es: pabellones magníficamente diseñados para sobresalir sobre otros, se pelean codo con codo y no logran destacar sobre sus más inmediatos vecinos. Como por otra parte, no hay ni puede haber, unas ordenanzas que encorseten los pabellones en favor de la armonía del conjunto, el conjunto adolece de un clamoroso abigarramiento. Puede haber —y de hecho hay— una urbanización general y una parcelación; pero es natural que cada uno en su parcela se exprese con toda libertad sin enterarse de lo que hacen sus vecinos de parcela. En esas condiciones es lógico que se produzcan llamativas disonancias.

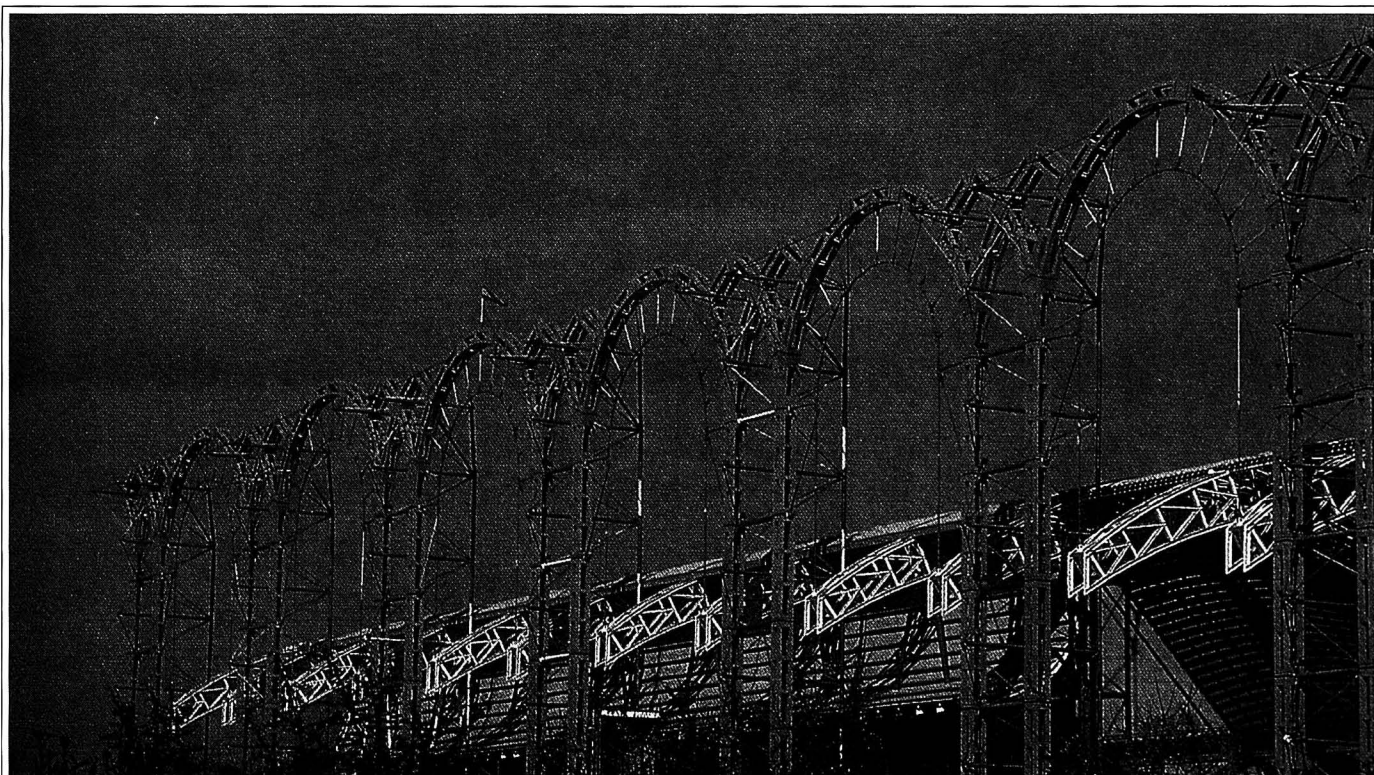


Figura 3
Edificio Plaza del Futuro

Todo en realidad ayuda a valorar mucho más el pabellón de España: entre los gritos desesperados de otros pabellones por salir del anonimato, España se sitúa con serenidad y limpieza. Majestuosamente. Sin gritar. Precisamente porque no grita deja oír la voz de su pureza geométrica y hace más eficaz su llamada. Es verdad que su situación sobre el lago y su tamaño son bazas que jugaban en su favor; pero la arquitectura ha logrado capitalizarlas magistralmente (figura 2).

También el pabellón de la Navegación ha sabido aprovechar su situación privilegiada junto al Puerto de Indias, para hacer valer la nobleza de su arquitectura.

El edificio llamado Plaza del Futuro, goza también de una situación de privilegio. Consta de cuatro pabellones autónomos. El hecho de haber unido los cuatro pabellones en una unidad edificatoria es un acierto compositivo, porque evita la excesiva

atomización y el abigarramiento de elementos que pelean entre sí, y permite aprovechar las ventajas de su situación despejada, con vistas desde la ciudad. Lo permite, sí; pero no lo logra a pesar de la monumentalidad de su pórtico construido con arcos y pilares de granito rosa, y del cuidadoso diseño de las costillas estructurales. El edificio muestra ostentosamente su estructura, la estructura tiene una cierta gallardía; pero le falta limpieza y claridad. No ha logrado aprovechar su situación privilegiada, ni realizar las buenas intenciones (figura 3).

Dentro de la multitud de pabellones que buscan un protagonismo, quiero destacar el de Finlandia, que, con su pureza geométrica no pretende rivalizar con ninguno de sus vecinos; es sencillamente, una muestra de arquitectura ejemplar (figura 4).

Hay otros pabellones de muy buena arquitectura si logramos centrarnos en ellos, aislándolos de los que les rodean. Así, el de Japón, que es un alarde

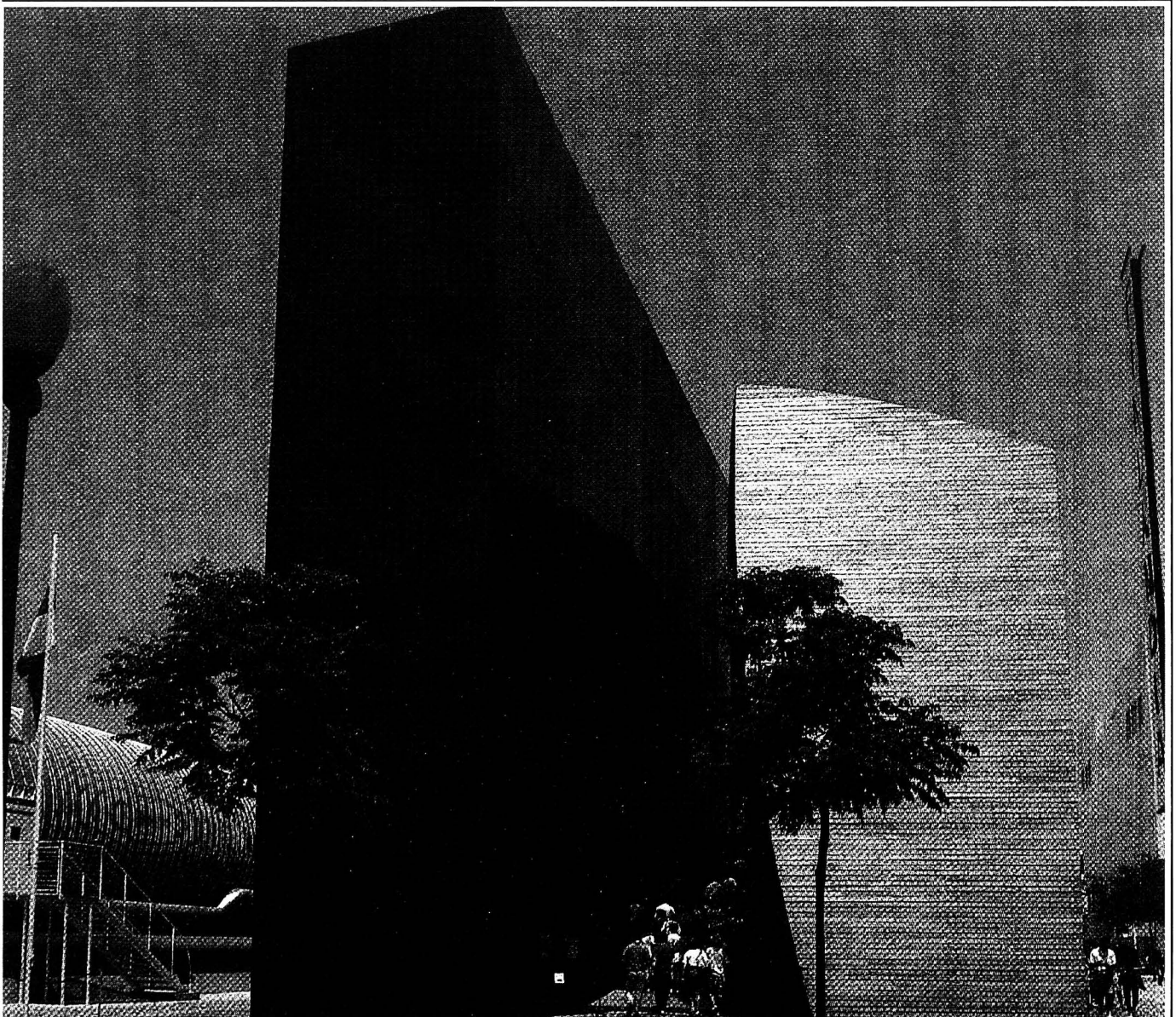


Figura 4
Pabellón de Finlandia

de construcción artesanal. Y, por citar otro muy diferente, el de Francia, que logra crear su propio ámbito con un techo cuadrado de cielo azul de 2500 m² sostenido levemente por sus cuatro vértices, y bajo él, un bloque deshace su volumen en su pared-espejo abierta a todos los pabellones vecinos.

Pero si los pabellones del conjunto urbano de la Expo'92 tienen el inconveniente (natural y casi obligado por el planteamiento) de un abigarramiento general que no sólo no valora a cada uno,

sino que lo perjudica; se debe destacar por otra parte, la elegancia y finura de todo el mobiliario urbano. Ese mobiliario urbano, unido a los toldos aéreos de variadísimos diseños que crean zonas de sombra, a la riqueza de los múltiples juegos de agua, y, sobre todo, al gran acierto de los techos vegetales que cubren las avenidas, constituyen unos ambientes arquitectónicos exteriores, jugosos y llenos de humanidad, que amortigua amorosamente el griterío arquitectónico.

